

CONCLUSION

CLASES Y ENCLASAMIENTO

"Si me veo obligado a elegir el menor entre dos males, no elijo ninguno de los dos."

K. KRAUS

El gusto es una disposición, adquirida, para "diferenciar" y "apreciar"¹, como dice Kant, o, si se prefiere, para establecer o para marcar unas diferencias mediante una operación de *distinción* que no es (o no es necesariamente) un conocimiento *distinto*, en el sentido de Leibniz, puesto que asegura el reconocimiento (en el sentido ordinario del término) del objeto sin implicar el conocimiento de los rasgos distintivos que lo definen en propiedad². Los esquemas del *habitus*, formas de clasificación originarias, deben su eficacia propia al hecho de que funcionan más allá de la conciencia y del discurso, luego fuera de las influencias del examen y del control voluntario: orientando prácticamente las prácticas, esconden, lo que se denominaría injustamente unos *valores* en los gestos más automáticos o en las técnicas del cuerpo más insignificantes en apariencia, como los movimientos de las manos o las maneras de andar, de sentarse o de sonarse, las maneras de poner la boca al comer o al hablar, y ofrecen los principios más fundamentales de la construcción y de la evaluación del mundo social, aquellos que expresan de la forma más directa la división del trabajo entre las clases, las clases de edad y los sexos, o la división del trabajo de dominación, en unas divisiones de los cuerpos y de las relaciones con el cuerpo que toman más de un rasgo, como para darle las apariencias de lo natural, de la división sexual del trabajo y a la división del trabajo sexual. Dominio práctico de las distribuciones, que permite sentir o presentar las probabilidades de futuro o de no futuro que existen, e, inseparablemente, lo que conviene o no conviene a un individuo que ocupa tal o cual posición en el espacio social, el gusto, al funcionar como una especie de sentido de la orientación social (*sense of one's place*), orienta a los ocupantes de una determinada plaza en el espacio social

¹ E. KANT, *Anthropologie du point de vue pragmatique*, trad. M. Foucault, Paris, Vrin, 1964, p. 100.

² G. W. LEIBNIZ, "Meditations de cognitione, veritate et ideis", en *Opuscula philosophica selecta*, Paris, Boivin, 1939, pp. 1-2 (véase también *Discours de métaphysique*, 24). Es de notar que, para ilustrar la idea de conocimiento claro pero confuso, Leibniz evoca, además del ejemplo de los colores, sabores y olores que sabemos distinguir "por el simple testimonio de los sentidos y no por unas marcas enunciables", el de los pintores y artistas que, capaces de reconocer una obra bien o mal hecha, no pueden justificar su juicio si no es invocando la presencia o la ausencia de "un no sé qué".

hacia las posiciones sociales ajustadas a sus propiedades, hacia las prácticas o los bienes que convienen —que les “van”— a los ocupantes de esa posición; implica una anticipación práctica de lo que el sentido y el valor social de la práctica o del bien elegido serán, probablemente, dada su distribución en el espacio social y el conocimiento práctico que tienen los demás agentes de la correspondencia entre los bienes y los grupos.

Así, los agentes sociales que el sociólogo enclasa son productores no sólo de actos enclasables sino también de actos de enclasmiento que a su vez son enclasados. El conocimiento del mundo social debe tener en cuenta un conocimiento práctico de ese mundo que le preexiste y al que no debe dejar de incluir en su objeto a pesar de que, en un primer momento, debe constituirse contra las representaciones parciales e interesadas que proporciona ese conocimiento práctico. Hablar de *hábitus* es incluir en el objeto el conocimiento que los agentes —que forman parte del objeto— tienen del mismo, y la contribución que ese conocimiento aporta a la realidad del objeto. Pero no es sólo imponer, si puede así decirse, a lo real que se trata de pensar un pensamiento de lo real que contribuya a su realidad (y a la eficacia misma que ejerce). Es también conferir a ese conocimiento un poder propiamente constituyente, el mismo que se le niega cuando, en nombre de una concepción objetivista de la objetividad, se hace del conocimiento común o del conocimiento erudito un simple reflejo de lo real.

Los que creen producir una teoría materialista del conocimiento cuando hacen del conocimiento un registro pasivo y abandonan así al idealismo, como lo lamentaba ya Marx en las *Tesis sobre Feuerbach*, el “aspecto activo” del conocimiento, olvidan que todo conocimiento, y en particular todo conocimiento del mundo social, es un acto de construcción que elabora unos esquemas de pensamiento y de expresión, y que entre las condiciones de existencia y las prácticas o las representaciones se interpone la actividad estructurante de los agentes que, lejos de reaccionar mecánicamente a unos estímulos mecánicos, responden a los llamamientos o a las amenazas de un mundo cuyo sentido ellos mismos han contribuido a producir. Sin embargo, el principio de esta actividad estructurante no es, como lo quiere el idealismo intelectualista y antígenético, un sistema de formas y de categorías universales, sino un sistema de *esquemas incorporados* que, constituidos en el curso de la historia colectiva, son *adquiridos* en el curso de la historia individual, y funcionan *en la práctica y para la práctica* (y no para unos fines de puro conocimiento).

ESTRUCTURAS SOCIALES INCORPORADAS

Esto significa, en primer lugar, que la ciencia social levanta acta, en su construcción del mundo social, del hecho de que los agentes son ellos mismos, en su práctica ordinaria, los sujetos de actos de construcción del mundo social; pero que se da como objeto, entre otras cosas, el describir la *génesis social* de los principios de construcción, y que busca en el mundo social, tal como puede aprenderlo, el fundamento de esos principios³. Rompiendo con el prejuicio antígenético

tico que con mucha frecuencia va a la par con el reconocimiento del aspecto activo del conocimiento, la ciencia social busca en las distribuciones objetivas de las propiedades, en particular materiales (puestas de manifiesto por censos y registros que suponen todos selección y clasificación), el fundamento de los sistemas de enclasmiento que los agentes aplican a todas las cosas, comenzando por las mismas distribuciones. A diferencia de la perspectiva que a veces se denomina “cognitiva” y que, tanto en su forma etnológica (antropología estructural, etnociencia, etnosemántica, etnobotánica, etcétera) como en su forma sociológica (interaccionismo, etnometodología), ignora la cuestión de la *génesis* de las estructuras mentales y de las clasificaciones, la ciencia social se interroga sobre la relación entre los principios de división y las divisiones sociales (entre las generaciones, los sexos, etcétera) que constituyen su fundamento, y sobre las variaciones del uso que se hace de esos principios según la posición ocupada en las distribuciones (cuestiones todas ellas que exigen el recurso a la estadística).

Las estructuras cognitivas que elaboran los agentes sociales para conocer prácticamente el mundo social son unas estructuras sociales incorporadas. El conocimiento práctico del mundo social que supone la conducta “razonable” en ese mundo elabora unos esquemas clasificadores (o, si se prefiere, unas “formas de clasificación”, unas “estructuras mentales”, unas “formas simbólicas”, expresiones todas ellas que, si se ignoran sus connotaciones, son más o menos intercambiables), esquemas históricos de percepción y apreciación que son producto de la división objetiva en clases (clases de edad, clases sexuales, clases sociales) y que funcionan al margen de la conciencia y del discurso. Al ser producto de la incorporación de las estructuras fundamentales de una sociedad, esos principios de división son comunes para el conjunto de los agentes de esa sociedad y hacen posible la producción de un mundo común y sensato, de un mundo de sentido común.

Todos los agentes de una formación social determinada tienen en común, efectivamente, un conjunto de esquemas de percepción fundamentales, que reciben un comienzo de objetivación en las parejas de adjetivos antagónicos comúnmente empleados para clasificar y calificar a las personas o los objetos en los campos más diferentes de la práctica. Matriz de todos los *lugares comunes*, que si se imponen tan fácilmente es porque tienen a su favor todo el orden social, la red de oposiciones entre alto (o sublime, elevado, puro) y bajo (o vulgar, mediocre, modesto), espiritual y material, fino (o refinado, elegante) y grosero (o grueso, groso, bruto, brutal, tosco), ligero (o sutil, vivo, sagaz) y pesado (o lento, espeso, obtuso, penoso, torpe), libre y forzado, ancho y estrecho o, en una dimensión distinta, entre único (o raro, diferente, distinguido, exclusivo, excepcional, singular, inaudito) y común (o ordinario, vulgar, corriente, trivial, insignificante), brillante (o inteligente) y apagado (o oscuro, borroso, mediocre), tiene como principio la oposición entre la “élite” de los dominantes y la “masa” de los dominados, multiplicidad contingente y desordenada, intercambiable e innumerable, débil y desarmada, sin otra existencia que la estadística. Es suficiente con dejar jugar estas raíces míticas para engendrar, a voluntad, cualquiera de los temas, incansablemente repetidos bajo formas apenas renovadas, de la eterna sociodicea, como las apocalípticas denuncias de todas las formas de “nivelación”, “trivialización” o “masificación” que, al identificar la decadencia de las sociedades con la de las casas burguesas, es decir, con la caída en lo homogéneo, en lo indiferenciado, ponen de manifiesto una preocupación obsesional por el *número*, por la masa sin diferencia y

³ Correspondería a una *sociología genética* el establecer la forma en que se constituye ese sentido de las posibilidades y de las imposibilidades, de las proximidades y de las distancias.

sin preocupación por las diferencias, o por la multitud siempre dispuesta a inundar los espacios reservados del exclusivismo burgués⁴.

Las oposiciones en apariencia más formales de esa mitología social simplemente, a las oposiciones ideológicas al hecho de que remiten, más o menos discretamente, a las oposiciones más fundamentales del orden social: la que, inscrita en la división del trabajo, se establece entre dominantes y dominados, y la que fundada en la división del trabajo de dominación, enfrenta, en el seno de la clase dominante, dos principios de dominación, dos poderes, dominante y dominado, temporal y espiritual, material e intelectual, etcétera. Esto quiere decir que el esquema del espacio social anteriormente propuesto puede también leerse como un riguroso cuadro de las categorías históricamente constituidas y adquiridas que organizan el pensamiento del mundo social del conjunto de los sujetos pertenecientes a ese mundo y modelados por él. Debido al hecho de que los mismos esquemas clasificadores (y las oposiciones en que se expresan) pueden funcionar, especificándose, en campos organizados alrededor de posiciones polares, ya se trate del campo de la clase dominante, organizada alrededor de una oposición homóloga a la oposición constitutiva del campo de las clases sociales, o del campo de producción cultural, organizado a su vez alrededor de oposiciones que, al reproducir la estructura de la clase dominante, son homólogas a la precedente (como puede ser la oposición entre teatro burgués y teatro de vanguardia), la oposición fundamental no cesa de sostener las oposiciones de segundo, tercero o enésimo orden (las que motivan los juicios éticos y estéticos más "puros", con sus sentimientos bajos o elevados, sus bellezas fáciles o difíciles, sus estilos ligeros o pesados, etcétera), utilizando éntimos mismos hasta el punto de hacerse irrecognocible: así la oposición entre lo pesado y lo ligero que, en muchos de sus usos, principalmente en los escolares, servirá para distinguir los gustos populares o pequeño-burgueses de los gustos burgueses, puede ser empleada por la crítica teatral destinada a la fracción dominante de la clase dominante para pensar la relación entre el teatro "intelectual", condenado en su pretensión "penosa" y en su didacticismo "pesado", y el teatro "burgués", alabado por su tacto y su arte de tratar superficialmente un tema, mientras que la crítica "intelectual" pensará la misma relación, al precio de una simple inversión de signo, a través de una forma apenas modificada de esa oposición, oponiéndose entonces a la ligereza -identificada con la futilidad- a la profundidad. De igual modo podría demostrarse que la oposición entre la derecha y la izquierda que, en su forma fundamental, afecta a la relación entre los dominantes y los dominados, puede también, al precio de una primera transformación, designar las relaciones entre fracciones dominantes y fracciones dominadas de la clase dominante, tomando entonces las palabras "derecha" e "izquierda" un sentido próximo al que toman en expresiones tales como teatro "de rive droite" o "de rive gauche"; puede incluso, en un grado suplementario de falta de realidad, servir para distinguir dos tendencias rivales de un grupo artístico o literario de vanguardia, y así sucesivamente. De ello se desprende que, consideradas en cada uno de sus usos, las parejas de califica-

⁴ De igual modo que la oposición entre lo único y lo múltiple se encuentra en el centro de la filosofía dominante de la historia, la oposición -que es una forma transformada de aquella- entre lo brillante, lo visible ("a la vista"), lo distinto, lo distinguido, lo "conocido" (es decir, reputado, ilustrado) y lo oscuro (los pequeños, los oscuros, los "sin graduación"), las tareas "oscuros", lo apagado, lo gris de la masa indiferenciada, indistinta, sin nombre ni renombre (el "ilustre desconocido") es una de las categorías fundamentales de la percepción dominante del mundo social.

tivos cuyo sistema constituye el aparejo conceptual del juicio del gusto son extremadamente pobres, casi indefinidas, pero por ello mismo apropiadas para procurar o para expresar sensación de lo indefinible: cada uso singular de una de esas parejas sólo toma su sentido completo en relación con un *universo de discurso*: cada vez diferente, implícito la mayoría de las veces -puesto que se trata del sistema de evidencias y presupuestos admitidos como necesarios en el campo con respecto al cual se definen las estrategias-; pero cada una de las parejas así especificadas por el uso tiene como armónicos todos los otros usos que podría tener -en razón de las relaciones de homología entre los campos que autorizan las transferencias de un campo a otro- y también todas las demás parejas que pueden sustituirla, matiz más o menos (por ejemplo fino/grosero por ligero/pesado), es decir, en unos contextos ligeramente diferentes.

El hecho de que las oposiciones semicodificadas que conlleva el lenguaje se encuentren, con unos valores muy próximos, en el principio de la visión dominante del mundo social, en todas las formaciones sociales divididas en clases (piénsese, por ejemplo, en la inclinación a imaginar al pueblo como lugar de apetitos alimenticios o sexuales totalmente desbocados) se comprende si se sabe que, reducidas a su estructura formal, las mismas relaciones fundamentales, las que precisamente expresan las grandes relaciones de orden (alto/bajo, fuerte/débil, etcétera), se encuentran en todas las sociedades divididas en clases. Y la recurrencia de la estructura triádica, grata a Georges Dumézil, de la que, a propósito de la sociedad feudal, Georges Duby muestra que se enraiza en las estructuras sociales que la misma legítima, podría no ser, igual que las oposiciones invariantes en las que se expresa la relación de dominación, más que una resultante necesaria de la conjunción de dos principios de división que están operando en todas las sociedades divididas en clases, la división entre los dominantes y los dominados, y la división entre las diferentes fracciones que pretenden la dominación en nombre de principios diferentes, *bellatores* y *oratores* en la sociedad feudal, patrones e intelectuales en la actualidad⁵.

UN CONOCIMIENTO SIN CONCEPTO

Así, por medio de los condicionamientos diferenciados y diferenciadores que se encuentran asociados a las diferentes condiciones de existencia, por medio de las exclusiones y de las inclusiones, de las uniones (matrimonios, amistades, alianzas, etcétera) y de las divisiones (incompatibilidades, rupturas, luchas, etcétera) que están en el origen de la estructura social y de la eficacia estructural que la misma ejerce; por medio también de todas las jerarquías y de todas las clasificaciones que están inscritas en los objetos (en especial en las obras culturales), en las instituciones (por ejemplo, en el sistema escolar) o, simplemente, en el lenguaje; por medio, por último, de todos los juicios, veredictos, clasificaciones, llamadas al orden, que imponen las instituciones especialmente dispuestas para este fin, como la familia o el sistema escolar, o que continuamente surgen de los encuentros e interacciones de la existencia ordinaria, el orden social se inscribe progresivamente en las mentes. Las divisiones sociales se convierten en principios de división que

⁵ Véase G. Duby, *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, Paris, Gallimard, 1978.

organizan la visión del mundo social. Los límites objetivos se convierten en *sentido de los límites*, anticipación práctica de los límites objetivos adquirida mediante la experiencia de los límites objetivos, *sense of one's place* que lleva a excluirse (bien, personas, lugares, etcétera) de aquello de que se está excluido.

Lo propio del sentido de los límites es el implicar el olvido de los límites. Uno de los más importantes efectos de la correspondencia entre las divisiones reales y los principios de división prácticos, entre las estructuras sociales y las estructuras mentales, es, sin lugar a dudas, el hecho de que la primera experiencia del mundo social es la de la *doxa*; adhesión a las relaciones de orden que, porqued fundan de manera inseparable el mundo real y el mundo pensado, son aceptadas como evidentes. La percepción primera del mundo social, lejos de ser un simple reflejo mecánico, es siempre un acto de conocimiento que hace intervenir unos principios de construcción exteriores al objeto construido captado en su inmediatez, pero que, no contentiendo el dominio de esos principios ni de su relación con el orden real que los mismos reproducen, constituye un acto de *desconocimiento* que implica la forma más absoluta de reconocimiento del orden social. Utilizando, para apreciar el valor de su posición y de sus propiedades, un sistema de esquemas de percepción y apreciación que no es otra cosa que la incorporación de las leyes objetivas según las cuales se constituye objetivamente su valor, los dominados tienden de entrada a atribuirse lo que la distribución les atribuye, rechazando lo que les es negado ("eso no es para nosotros"), contentándose con lo que se les otorga, midiendo sus esperanzas por sus posibilidades, definiéndose como los deficientes del orden establecido, reproduciendo en el veredicto que hacen sobre sí mismos el veredicto que sobre ellos hace la economía, destinándose, en una palabra, a lo que en todo caso les pertenece —a *heautou*, como decía Platón—, aceptando ser lo que tienen que ser, "modestos", "humildes" y "oscuros". Es fácil ver la decisiva contribución que aporta a la conservación del orden social lo que Durkheim denominaba el "conformismo lógico"⁶, esto es, la orquestación de las categorías de percepción del mundo social que, ajustadas a las divisiones del orden establecido (y, con ello, a los intereses de los que lo dominan) y comunes a todos los espíritus estructurados conforme a esas estructuras, se imponen con todas las apariencias de la necesidad objetiva⁷.

El sistema de los esquemas clasificadores se opone a un sistema de enclausamiento fundado en unos principios explícitos y explícitamente concertados, del mismo modo que las disposiciones constitutivas del gusto o del *ethos*, que son unas de sus dimensiones, se oponen a la estética o a la ética. El sentido de las realidades sociales que se adquiere por la confrontación con una forma particular de la necesidad social es lo que permite actuar *como si* se conociera la estructura del mundo social y el lugar ocupado en esa estructura, y, al mismo tiempo, las distancias a guardar o a mantener⁸. Dominio práctico del enclausamiento, que no tiene nada en

común con el dominio culto que exige la construcción de un sistema de clasificación de la realidad social a la vez coherente y adecuado, la "ciencia" práctica de las posiciones ocupadas en el espacio social que supone el arte de comportarse: "como es preciso" con unas personas o unas cosas enclausadas y enclausantes (elegantes o no, frecuentables o no, etcétera), de encontrar la distancia justa, por una especie de cálculo práctico del *máximum*, ni demasiado cerca ("familiarizarse") ni demasiado lejos ("mostrarse distante"), de jugar con la distancia objetiva aumentándola ("mantener a distancia", "guardar las distancias") o negándola simbólicamente ("ponerse a la altura de", "mostrarse sencillo"), de ninguna manera implica que se esté en condiciones de situarse explícitamente en el enclausamiento (como exigen que se haga tantas encuestas sobre las clases sociales) y menos todavía de describir, más o menos sistemáticamente, ese enclausamiento y de enunciar sus principios⁹. El "juicio de atribución" práctico mediante el cual se asigna a alguien a una clase dirigiéndose a él de una cierta manera (y asignándose uno mismo, al mismo tiempo, una clase) no tiene nada que ver con una operación intelectual que implique la referencia consciente a unos índices explícitos y la elaboración de clases producidas por y para el concepto. La misma oposición clasificadora (rico/pobre, viejo/joven, etcétera) puede aplicarse a cualquier punto de la distribución y a reproducir todo el espacio de la misma en cualquiera de sus segmentos (el sentido común nos dice bien que siempre se es el rico o el pobre de alguien, el superior o el inferior de alguien, que siempre se está a la derecha o a la izquierda de alguien, etcétera —lo que no condena a un relativismo elemental—)¹⁰. Se comprende que sea tan fácil

res ineluctabiles, a pensar como tal el sentido de la oposición social y, menos todavía, de su propia posición y la perversa relación con el mundo social que la misma le impone. (Sería necesario, en este punto, releer a Sartre, cuyas obras y existencia completas tienen como principio esta afirmación del pundonor subversivo del intelectual, y, por ejemplo, las páginas de "El ser y la nada" sobre la psicología de Flaubert, patético esfuerzo por arrancar a la persona —en la persona del intelectual, creador increado, hijo de sus obras obsesionado por el "proyecto de ser Dios"—, de toda especie de reducción a lo general, al género, a la clase, por afirmar la trascendencia del ego contra "lo que Comte denominaba el *materialismo*, es decir, la explicación de lo superior por lo inferior" —véase J. P. SARTRE, *L'Être et le Néant*, París, Gallimard, 1943, pp. 643-652, y especialmente p. 648.)

⁹ No hay mejor ocasión para ver funcionar ese sentido de la plaza ocupada que las *estrategias de condescendencia* que suponen, tanto en el autor de la estrategia como en las víctimas, el conocimiento práctico del desajuste entre la plaza realmente ocupada y la plaza ficticiamente indicada por la práctica adoptada (por ejemplo, el *uteque*): cuando aquel a quien se le atribuye el *Rolls-Royce*, el *sombbrero de copa* o el *golf* toma el metro, se pone una gorra (o un *pull* de cuello de cisne), o juega al fútbol, sus prácticas toman su sentido con respecto a esa atribución estatutaria, que continúa afectando, como en sobreimpresión, a las prácticas reales. Pero se podría igual de bien evocar las variaciones, observadas por Bally, de la estilística del discurso según la distancia social entre los interlocutores o, también, las variaciones de la pronunciación en función del interlocutor, pudiendo el locutor, según el caso, acercarse al "acento" de la persona de estatus (supuestamente) superior a la que se dirige o, al contrario, alejarse intensificando su acento ordinario (véase H. GILES, "Accent Mobility, A.-Model and Some Data", *Anthropological Linguistics*, 1973, 15, pp. 87-105).

¹⁰ Así se comprende que, en una serie de entrevistas (n = 30) a propósito de las clases sociales, realizadas alrededor de una prueba que consistía en enclausar treinta profesiones comunes (inscritas en unas tarjetas), los encuestados, que muy a menudo comienzan por preguntar en cuántas clases hay que dividir a la población, pudieran modificar en varias vueltas el número de las clases y los criterios de enclausamiento, para tener en cuenta las diferentes dimensiones de cada profesión, y por consiguiente los diferentes aspectos bajo los cuales podrían ser evaluadas, o sugerir espontáneamente que podrían multiplicar hasta el infinito las subdivisiones (testimoniando con ello el carácter artificial de la situación creada por la interrogación culta que exige la adopción de una actitud culta, *completamente inhabitual*, como lo atestigua el desconcierto inicial); todo ello estando de acuerdo casi siempre sobre los puestos

⁶ E. DURKHEIM, *Formes élémentaires de la vie religieuse*, París, Alcan, 1912, p. 24.

⁷ Puede encontrarse una evocación más circunstanciada del contexto teórico en que se sitúan estos análisis en P. BOURDIEU, "Sur le pouvoir symbolique", *Annales*, 3, mayo-junio 1977 pp. 405-411.

⁸ La ideología del pensador utópico, sin ataduras ni raíces, sin domicilio fijo (en sentido metafórico), sin intereses ni beneficios, y el rechazo, que la acompaña, de la forma suprema de la grosería materialista, la *reducción* de lo único a la clase, la explicación de lo superior por lo inferior, la aplicación a lo *ineluctable* de modelos explicativos buenos para los enclausados, los ordenados, los limitados, los burgueses, los pequeño-burgueses, lo común, no predisponen apenas a los intelectuales, esos *enclausado-*

coger en falta el sentido práctico del espacio social que se encuentra en la base de los juicios de atribución a unas clases; los sociólogos que sacan sus argumentos de las contradicciones en las que caen los encuestados en sus identificaciones de clase para negar la existencia de las clases, dan testimonio únicamente de que ignoran todo lo que se refiere al funcionamiento de ese "sentido" y, además, de la situación artificial en la que le hacen funcionar. En efecto, ya se trate de situarse en el espacio social o de situar en él a los demás, el sentido del espacio social, como cualquier otro sentido práctico, se refiere siempre a la situación particular en la que debe orientar las prácticas: de aquí, por ejemplo, las divergencias entre las encuestas que estudian la representación de las clases en una pequeña ciudad (los "estudios de comunidades") y las que interrogan sobre las clases a escala de la nación.¹¹ Pero si, como a menudo se ha observado, los encuestados no se ponen de acuerdo ni sobre el número de divisiones que realizan en el seno del grupo considerado, ni sobre los límites de los "estratos" ni sobre los criterios empleados para definirlos, ello se debe no sólo a un efecto de la vaguedad inherente a las lógicas prácticas; sino también a que la visión del enclausamiento es función de la posición ocupada en los enclausamientos.

Nada está, pues, más alejado de un acto de conocimiento tal como lo concibe la tradición intelectualista que ese sentido del juego social que, como bien lo dice la palabra gusto ("facultad de percibir los sabores" y "capacidad para juzgar unos valores estéticos"), es la necesidad social convertida en naturaleza, convertida en esquemas motores y en automatismos corporales. Todo sucede como si los condicionamientos sociales ligados con una condición social tendieran a inscribir la relación con el mundo social en una relación durable y generalizada con el cuerpo propio —una manera de llevar el cuerpo, de presentarlo a los otros, de moverlo, de hacerle un sitio— que da al cuerpo su fisonomía social. Dimensión fundamental del sentido de la orientación social, la hexis corporal es una manera práctica de experimentar y de expresar la opinión que se tiene, como suele decirse, de su propio *valor social*: la relación que se mantiene con el mundo social y el lugar que uno se atribuye en él nunca se declara de mejor manera que por medio del espacio y el tiempo que se siente con derecho a tomarle a los otros, y, con mayor precisión, mediante el lugar que se ocupa *con el cuerpo en el espacio físico*, con un porte y unos gestos seguros o reservados, amplios o exiguos (acertadamente se dice de alguien que se hace el importante cuando trata de ocupar mucho sitio) y *con su palabra en el tiempo*, por la parte del tiempo de interacción que se apropia y por la manera, segura o agresiva, desventueta o inconsciente, de apropiárselo.¹²

¹¹ otorgados a las diferentes profesiones tomadas de dos en dos (Lenski hace unas observaciones parecidas en una experiencia que consistió en pedir a los encuestados ordenar a unas familias de una pequeña ciudad de Nueva Inglaterra: véase G. E. LENSKI, "American Social Classes: Statistical Strata or Social Groups?", *The American Journal of Sociology*, LVIII, septiembre 1952, pp. 139-144).

¹² Divergencias que se observan también, en la misma encuesta, cuando se pide sucesivamente a los encuestados que definan las clases sociales a escala de su ciudad y de todo el país: los porcentajes de "no contestan" aumentan muchísimo en este caso, así como el número de las clases percibidas (véase J. G. MANIS y B. N. MELTZER, *loc. cit.*).

¹³ La percepción ordinaria, que aplica a las prácticas el esquema de lo ancho y lo estrecho, o de lo amplio y de lo exiguo, se anticipa a los descubrimientos de la psicología social más refinada, que establece la existencia de una correlación entre el sitio que se llena en el espacio físico y el sitio que se ocupa en el espacio social (véase sobre este punto S. FISHER y C. E. CLEVELAND, *Body Image and Personality*, Princeton, Nueva York, Van Nostrand, 1958).

No existe mejor imagen de la lógica de la socialización, que trata al cuerpo como recordatorio, que esos complejos de gestos, de posturas corporales y de palabras —simples interjecciones o lugares comunes particularmente manidos—, en las cuales basta con entrar, como en un personaje teatral, para ver resurgir, por la virtud evocadora de la mimesis corporal, un mundo de sensaciones y de experiencias enteramente preparados. Sobrecargados de significaciones y de valores sociales, los actos elementales de la gimnasia corporal y, muy en particular, el aspecto propiamente sexual, luego biológicamente preconstruido, de esa gimnasia, funcionan como las más fundamentales de las *metáforas*, capaces de evocar toda una relación con el mundo, "altanera" o "sumisa", "rígida" o "flexible", "amplia" o "estrecha", y con ello todo un mundo. Las "elecciones" prácticas del sentido de la orientación social no suponen más la *representación* de los posibles que las "elecciones" entre unos fonemas, elección en acto que no supone unos actos de elección. El logocentrismo y el intelectualismo de los intelectuales, junto con el prejuicio inherente a la ciencia que se da como objeto la *psiqué*, el alma, el psiquismo, la conciencia, las representaciones, por no hablar de la pretensión burguesa al estatus de "persona", han impedido que nos demos cuenta de que "somos autómatas en las tres cuartas partes de nuestras acciones", según palabras de Leibniz, y que los valores últimos, como suele decirse, nunca son otra cosa que las disposiciones primeras y primitivas del cuerpo, los gustos y los ascos que se denominan viscerales, en las que se depositan los más vitales intereses de un grupo, aquello por lo que se está dispuesto a poner en juego el cuerpo propio y el de los demás. El sentido de la distinción, *discreto* que lleva a separar y reunir lo que debe ser separado y reunido, a excluir todos los matrimonios entre personas de diferentes clases sociales y todas las uniones *contra natura*, esto es, contrarias al enclausamiento común, a la *diacrisis* que se encuentra en la base de la identidad colectiva e individual, suscita un horror visceral y homicida, una repugnancia absoluta, un furor metafísico por todo lo que ocupe el *terreno espúreo* de Platón, todo lo que *exceda al entendimiento*, es decir, al enclausamiento incorporado y que, al poner en tela de juicio los principios del *orden social hecho cuerpo*, y en particular los principios socialmente constituidos de la división sexual del trabajo y de la división del trabajo sexual, atenta contra el orden mental a título de desafío al sentido común, de escándalo.¹³

UNAS ATRIBUCIONES INTERESADAS

El fundamento del principio de pertinencia elaborado por la percepción del mundo social y que define el conjunto de las características de las cosas o de las

¹³ Se podría demostrar que la socialización tiende a constituir el cuerpo en operador analógico, instaurando toda clase de equivalencias prácticas entre las diferentes divisiones del mundo social, divisiones entre los sexos, entre las clases de edad y entre las clases sociales, o, con mayor exactitud, entre las significaciones y los valores asociados a los individuos que ocupan unas posiciones prácticamente equivalentes en los espacios determinados por esas divisiones; y esto integrando en un mismo lenguaje corporal la simbólica de la dominación y de la sumisión social y la simbólica de la dominación y de la sumisión sexual —como puede verse, por ejemplo, en la buena educación que encuentra en la oposición entre lo recto y lo curvo o, lo que viene a ser lo mismo, entre enderezar(se) e inclinar(se), uno de los principios generadores de las *marcas* (de respeto, de desprecio, etcétera) utilizadas para simbolizar las relaciones jerárquicas.

personas capaces de percibirse como interesantes, positiva o negativamente, por el conjunto de los que emplean esos esquemas (otra definición del sentido común), no es otra cosa que el interés que los individuos o los grupos considerados tienen en reconocer este rasgo y la pertenencia del individuo considerado al conjunto definido por el mismo: el interés por el aspecto percibido nunca es completamente independiente del interés por percibirlo. Esto se ve bien en todas las clasificaciones edificadas alrededor de un rasgo estigmatizado que, como la oposición ordinaria entre los homosexuales y los heterosexuales, aíslan lo que es interesante de todo el resto (es decir, de todas las otras formas de sexualidad), reexpedito así a lo grisáceo de lo indiferente y de lo indiferenciado. Esto se ve mejor todavía en todos los "juicios de atribución" que en realidad son unos actos de acusación, unos *categories* en su sentido original, y que, como *la injuria*, no *quieren conocer* más que una sola ("tú no eres más que un...") de las propiedades constitutivas de la identidad social de un individuo o de un grupo, viendo por ejemplo en el homosexual casado o en el judío converso un judío o un homosexual disimulado o vergonzante, es decir, de alguna manera doblemente judío u homosexual. La lógica del estigma recuerda que la identidad social es la apuesta de una lucha en la cual el individuo o el grupo estigmatizado y, más generalmente, todo sujeto social, en tanto que es un objeto potencial de categorización, no puede responder a la percepción parcial que lo encierra en una de sus *propiedades* más que poniendo delante, para definirse, la mejor de ellas y, más generalmente, luchando por imponer el sistema de encasamiento más favorable a sus propiedades o incluso para dar al sistema de encasamiento dominante el contenido más adecuado para poner en valor lo que es y lo que tiene.

Los que se asombran de las paradojas que hacen surgir la lógica y el discurso ordinarios cuando aplican sus divisiones a unas dimensiones continuas, olvidan lo que puede tener de paradójico el hecho de tratar el lenguaje como un puro instrumento lógico y la situación social en la que es posible una relación de tal tipo con el lenguaje. Las contradicciones o las paradojas a las que conducen las clasificaciones de la práctica ordinaria no obedecen, como lo creen todos los positivistas, a una especie de insuficiencia esencial del lenguaje ordinario, sino al hecho de que esos actos sociológicos no estén orientados hacia la búsqueda de la coherencia lógica y de que, a diferencia de los usos filológicos, lógicos o lingüísticos del lenguaje—que en realidad sería necesario denominar *escolares*, puesto que suponen siempre la *scholè* (es decir, el ocio, la distancia con respecto a la urgencia y a la necesidad, la ausencia de apuestas vitales) y la institución escolar, que en la mayor parte de los universos sociales es la única que puede asegurar todo esto—, obedecen a la lógica del prejuicio que, como en los tribunales, afronta no unos juicios lógicos, justificables con el único criterio de coherencia, sino unas acusaciones y unas defensas. Incluso sin que sea necesario recordar todo lo que encubre la oposición—bien olvidada por los lógicos e incluso por los lingüistas—entre el arte de convenecer y el arte de persuadir, cómo no ver que el uso escolar es al uso que el orador, el abogado o el militante hacen del lenguaje lo que los sistemas de clasificación del lógico o del estadístico, preocupados por la coherencia y la compatibilidad con los hechos, son a las categorizaciones y a los *categories* de la existencia cotidiana que, lo dice la propia etimología, se sitúan en la lógica del *proceso* (en el sentido ordinario del término, pero también en el sentido de Kafka, que ofrece una imagen ejemplar de esa búsqueda desesperada de la reapropiación de una identidad social

por definición inalcanzable—como límite infinito de todos los *categories*, de todas las imputaciones—). No existe interrogación real sobre la división del mundo social que no comprometa los intereses asociados a la pertenencia o a la no pertenencia: como lo atestigua la atención dedicada a los grupos-frontera, y por ello estratégicos—la aristocracia obrera que oscila entre la lucha de clases y la colaboración de clases, o los "cuadros", categoría de la estadística burocrática cuya unidad nominal, y doblemente negativa, oculta la dispersión real tanto a los ojos de los "interesados" como a los de sus adversarios y a los de la mayor parte de los observadores—el establecimiento de límites entre las clases se inspira en la intención estratégica de "contar" o de "catalogarse", de "catalogar" o de "anexionar", cuando no es un simple registro de un estado jurídicamente garantizado de la relación de fuerza entre los grupos encasados.

En efecto, si se dejan de lado todos los casos en los que la imposición de una frontera arbitraria de tipo jurídico (la que sitúa en 30 kg. el peso del equipaje autorizado o decreta que un vehículo de más de 2.000 kg. es una camioneta) basta para suprimir las dificultades que surgirían del sofisma del montón de trigo¹⁴, las fronteras, incluso las más formales en apariencia, como son las que separan las clases de edad, fijan un estado de las luchas sociales, es decir, un estado de la distribución de las ventajas y de las obligaciones, tales como el derecho a unas tarifas especiales o a la jubilación y la obligación escolar o militar. Y si hace sonar la historia, contada por Alphonse Allais, del padre que en el tren hace sonar la alarma a la hora exacta en que su hijo cumple los tres años (edad a partir de la cual ya no es posible viajar sin pagar), es porque de inmediato se ve más el absurdo sociológico de esta variación imaginaria, tan impecablemente lógica, que todos los absurdos que se encuentran en la base de las paradojas preferidas de los lógicos. Aquí los límites son unas fronteras que hay que atacar o defender en encarnizada lucha, y los sistemas de encasamiento que las fijan son menos unos instrumentos de conocimiento que unos instrumentos de poder, subordinados a unas funciones sociales y orientadas, de forma más o menos abierta, hacia la satisfacción de los intereses de un grupo¹⁵.

Los lugares comunes y los sistemas de encasamiento constituyen así la apuesta de unas luchas entre los grupos a los que caracterizan enfrentándolos, y que se oponen entre sí con respecto a ellos, esforzándose por hacerles evolucionar

¹⁴ El sofisma del montón de trigo y todas las paradojas del continuo físico hacen, como apuntaba Poincaré, que se tenga a la vez $A = B$, $B = C$ y $A < C$, o también $A_1 = A_2$, $A_2 = A_3$, ... $A_{99} = A_{100}$ y $A_1 < A_{100}$. Dicho de otra manera, si está claro que un grano de trigo no hace un montón, como tampoco lo hacen dos granos, o tres granos, no es fácil decir si el montón comienza en 264 granos o en 265, y si, dicho de otro modo, 265 granos hacen un montón, y 264 no lo hacen.

¹⁵ Numerosas clasificaciones éticas o estéticas, psiquiátricas o jurídicas que producen las ciencias establecidas, por no hablar de las que produce e inculca el sistema escolar, están también completamente subordinadas a unas funciones sociales, aunque deban su eficacia específica a su aparente neutralidad: producidas según la lógica y en el lenguaje propio de unos campos relativamente autónomos, acumulan la dependencia real con respecto a unos esquemas clasificadores del *habitus* dominante y, por medio de ellos, de las estructuras sociales de que son producto, y la apariencia de independencia que les permite contribuir a la legitimación de un estado de la lucha de encasamientos y de la lucha de clases. El ejemplo más típico de esos sistemas de encasamiento semiautónomos es, sin duda, el sistema de adjetivos que se encuentra en la base de las "apreciaciones" escolares (véase P. BOURDIEU y M. DE SAINT MARTIN, "Les catégories de l'entendement professoral", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 3, 1975, pp. 68-93).

a su favor. Georges Duby muestra perfectamente cómo el modelo de tres órdenes que fija un estado de la estructura social, con vistas a eternizarlo mediante la explicación y la codificación, ha podido ser utilizado simultánea y sucesivamente por grupos antagonicos: en primer lugar por los obispos, que lo habían elaborado, contra los herejes, los monjes y los caballeros; por la aristocracia, luego, contra los obispos y el rey; por el rey, por último, que, constituyéndose en sujeto absoluto de la operación de enclausamiento, en principio exterior y superior a las clases que permite engendrar (a diferencia de los tres órdenes, sujetos pero también objetos, jueces pero también partes), asigna al conjunto de los grupos interesados su lugar en el orden social y se constituye en punto de vista sobre el que no existe punto de vista alguno.¹⁶ De igual modo podría demostrarse que los esquemas y lugares comunes que sirven para pensar las diferentes formas de dominación, la oposición entre los sexos y las clases de edad, así como la oposición entre las generaciones, son también objeto de manipulaciones parecidas. Los “jóvenes” pueden aceptar la definición de ellos mismos que les proponen los viejos y, aprovechándose de la licencia provisional que se les otorga en muchas sociedades (“es necesario que la juventud se pase”), hacer lo que se les conceda y les convenga, realizar las “virtudes propias” de la juventud, *virtú*, virilidad, fogosidad, etcétera, ocuparse de sus propios asuntos—el belicoso error para los nobles herederos en la Edad Media¹⁷, el amor y la violencia para los jóvenes florentinos del Renacimiento, y todas las formas de regulado y lúdico desenfreno (deporte, rock, etcétera) para los adolescentes de hoy día—, en resumen, dejarse mantener en estado de “juventud”, es decir, de irresponsabilidad, obtener mediante una renuncia a las responsabilidades las libertades de una conducta irresponsable.¹⁸ En las situaciones de crisis específicas, en las que el orden de las sucesiones está amenazado, los “jóvenes” que no tienen ya la intención de dejarse remitir a la “juventud” tienden a remitir a los “viejos” a la “vejez”; al querer tomar las responsabilidades que definen a los adultos (en el sentido de personas socialmente consumadas), tienen que lanzar a los poseedores de las responsabilidades a esa otra forma de irresponsabilidad que define la vejez o, mejor, la jubilación. La cordura y la prudencia que reivindicaban los “responsables” se convierten entonces en conservadurismo, en arcaísmo, o, sencillamente, en irresponsabilidad senil. Los recién llegados, que tienen todas las probabilidades de ser también los más jóvenes biológicamente, pero que aportan con ellos muchas otras propiedades distintas, correlativas de las transformaciones de las condiciones sociales de producción de los productores (es decir, principalmente de la familia y del sistema escolar), escapan tanto más rápidamente de la “juventud”, esto es, de la irresponsabilidad, cuanto más dispuestos están a romper con las conductas irresponsables que les son asignadas, y que, liberándose de los límites incorporados (los que hacen que, a los cincuenta años, sea posible todavía sentirse “demasiado joven” para poder “razonablemente pretender” una posición, un cargo o un honor), no dudarán en “empujarse”, en “quemar etapas” y en determinar así, antes de tiempo, la caída en lo pasado, en lo superado; en pocas

¹⁶ Véase G. DUBY, *op. cit.*, especialmente pp. 422-423.

¹⁷ Véase G. DUBY, *op. cit.*, pp. 63-64, y “Les ‘jeunes’ dans la société aristocratique dans la France du Nord-Ouest au XII^eème siècle”, *Annales*, 19 (5), septiembre-octubre 1964, pp. 835-846.

¹⁸ Lo mismo más o menos podría decirse de las mujeres si la mayor parte de las contrapartidas de la renuncia a las responsabilidades no les fueran negadas en realidad, al menos fuera de la burguesía.

palabras, la muerte social (“está acabado”) de sus predecesores. Pero sólo tienen algunas probabilidades de triunfar en los conflictos con respecto a los límites entre las edades, que aparecen cuando se pierde el sentido de los límites, si llegan a imponer una nueva definición de la persona socialmente consumada, incluyendo en esta definición unas propiedades ordinariamente (es decir, con arreglo al principio de enclausamiento en vigor) vinculadas con la juventud (como el entusiasmo, el dinamismo, etcétera), o unas propiedades capaces de suplantar las virtudes ordinariamente ligadas con el estatus de adulto.

En resumen, lo que los individuos y los grupos invierten en el sentido particular que dan a los sistemas de enclausamiento comunes, mediante el uso que hacen de ellos, es infinitamente más que su interés en el sentido ordinario del término, es todo su ser social, todo lo que define la idea que se hacen de ellos mismos, el contrato primordial y tácito por el que se definen como “nosotros” con respecto a “ellos”, a los “otros”, y que se encuentra en el origen de las exclusiones (“eso no es para nosotros”) y de las inclusiones que operan entre las propiedades producidas por el sistema de enclausamiento común.¹⁹ El hecho de que, en su relación con los dominantes, los dominados se atribuyan la fuerza entendida como fuerza de trabajo y fuerza de combate, fuerza física pero también fuerza moral, valor, virilidad, no impide a los dominantes el pensar también esta relación mediante el esquema del fuerte y del débil, pero reduciendo la fuerza que se atribuyen los dominados, lo mismo que la de los jóvenes (cercanos en esto a las mujeres), al estado de fuerza bruta, de pasión y de pulsión, fuerza ciega e imprevisible de la naturaleza, violencia sin razón del deseo, y atribuirse la fuerza espiritual e intelectual, dominio de sí que predispone al dominio de los otros, fuerza de alma o fuerza

¹⁹ La psicología social observa que toda división de una población en dos grupos, por muy arbitraria que sea, determina unos comportamientos discriminatorios, favorables a los miembros del grupo propio y hostiles a los miembros del otro grupo, y esto aun cuando los intereses del grupo primero tengan que sufrir con ello (M. BILLING y H. TAJFEL, “Social categorization and similarity in intergroup behavior”, *European Journal of Social Psychology*, 1973, 3, pp. 27-52). Con mayor generalidad, la psicología social describe bajo el nombre de “diferenciación categorial” las operaciones con las que los agentes construyen su percepción de lo real, y en particular los procesos de acentuación de las diferencias con el exterior y de refuerzo de las semejanzas en el interior, de no asimilación y de asimilación (véase, por ejemplo, H. TAJFEL, “Quantitative judgement in social perception”, *British Journal of Psychology*, 1959, 50, pp. 16-21, y J. TAJFEL y A. L. WILKES, “Classification and quantitative judgement”, *British Journal of Psychology*, 1963, 54, pp. 101-104; y, para un cuadro de conjunto de las investigaciones en este dominio, véase W. DOISE, *L’articulation psychosociologique et les relations entre groupes*, Bruselas, A. de Boeck, 1976, p. 178-200). Los análisis del racismo han puesto de manifiesto, en el mismo sentido, que la yuxtaposición de grupos diferentes conduce a unas *representaciones contrastadas*, tendiendo cada grupo a oponer una definición de la conducta, conveniente, valorizada, a una conducta indígena, la del otro grupo (“Wherever the groups and classes are set in sharp juxtaposition, the values and mores of each are juxtaposed. Out of group opposition there arises an intense opposition of values, which comes to be projected through the social order and serves to solidify stratification”). L. COPELAND, “The Negro as a Contrast Conception”, en E. THOMPSON, ed., *Race Relations and the Race Problem*, Durham, Duke University Press, 1959, pp. 152-179). Al residir en la diferencia la identidad social, es con respecto a lo más próximo, que representa la mayor amenaza, como se afirma la diferencia. El análisis de la estereotipia—esa propensión a admitir una correspondencia entre la pertenencia a una categoría (por ejemplo, la de los nórdicos o de los meridionales, de los occidentales o de los orientales) y la posesión de cierta propiedad, que hace que la información sobre la pertenencia categorial de una persona influya fuertemente los juicios formulados con respecto a la misma—está de acuerdo con el análisis de esa especie de estereotipia social que hace que el conjunto de los agentes de una formación social tienda a ponerse de acuerdo para atribuir determinadas propiedades a los miembros de las diferentes clases sociales (véase Anexo 4, Un juego de sociedad).

de espíritu que autoriza a pensar la relación con los dominados, pueblos, mujeres o jóvenes, como la del alma y el cuerpo, del entendimiento y la sensibilidad, de la cultura y de la naturaleza.

LA LUCHA DE ENCLASAMIENTOS

En la lucha y para las necesidades de la lucha funcionan unos principios de división inseparablemente lógicos y sociológicos que, al producir unos conceptos, producen unos grupos, los mismos grupos que los producen y los grupos contra los cuales se producen. La apuesta de las luchas a propósito del sentido del mundo social es el poder sobre los esquemas clasificadores y sobre los sistemas de enclasmiento que se encuentran en la base de las representaciones y, con ello, de la movilización y de la desmovilización de los grupos: poder evocador de la enunciación que hace ver de otra manera (es el caso, por ejemplo, cuando una simple palabra, como la palabra *paternalismo*, transforma toda la experiencia de una relación social) o que, al modificar los esquemas de percepción y apreciación, hace ver otra cosa, otras propiedades, hasta entonces desapercibidas o relegadas a segundo plano (como los intereses comunes hasta entonces ocultos por las diferencias de etnia o de nación); *poder separador*, distinción, *diacrisis*, *discreto*, que de la continuidad indivisible hace surgir unas unidades discretas, de lo indiferenciado hace surgir la diferencia.

Solamente en la lucha y por la lucha los límites incorporados se convierten en fronteras, contra las cuales se choca y a las que es preciso desplazar. Y de hecho, el sistema de los esquemas clasificadores no se constituye en sistema de enclasmiento objetivado e institucionalizado más que cuando ha cesado de funcionar como sentido de los límites, y cuando los guardianes del orden establecido tienen que explicitar, sistematizar y codificar los principios de producción de ese orden, tanto real como representado, para defenderlos contra la oposición herética; en pocas palabras, tienen que constituir la doxa en ortodoxia. Los sistemas oficiales de enclasmiento, igual que las teorías de los tres órdenes, realizan de manera expresa y sistemática lo que los esquemas clasificadores hacían de manera tácita y práctica: con ello, los atributos, en el sentido de predicados, se convierten en *atribuciones*, poderes, competencias, privilegios, prerrogativas, atribuidos al titular de una función, al no ser la guerra lo que hace al guerrero sino el *officium*, la función propia, la razón de ser del *bellator*, justificado así de existir como existe. La *discreto* clasificadora fija, a la manera del derecho, un estado de la relación de fuerzas que trata de eternizar por medio de la explicitación y de la codificación. El principio de división lógica y política que es el sistema de enclasmiento sólo tiene existencia y eficacia porque reproduce, bajo una forma transfigurada, en la lógica propiamente simbólica de las *distancias diferenciales*, es decir, de lo discontinuo, las diferencias, lo más frecuente graduales y continuas, que confieren su estructura al orden establecido: pero sólo añade su contribución propia, es decir, propiamente simbólica, al mantenimiento de ese orden porque tiene el poder propiamente simbólico de hacer ver y de hacer creer que otorga la imposición de estructuras mentales.

Los sistemas de enclasmiento no serían una apuesta de lucha tan decisiva si no contribuyeran a la existencia de las clases, al añadir a la eficacia de los mecanismos objetivos el refuerzo que le aportan las representaciones estructuradas

conforme al enclasmiento. Como acto de reconocimiento de la plena existencia social, la imposición de un nombre reconocido opera una verdadera transmutación de la cosa nombrada que, cesando de existir en el estado de hecho, es decir, como ejercicio tolerado, ilegal o ilegítimo, se convierte en una *función social*, es decir, en un mandato, una misión (*Beruf*), un cargo, un papel, palabras todas ellas que explican bien la diferencia entre la actividad *autorizada*, es decir, asignada a un individuo o a un grupo mediante una *delegación* tácita o explícita, y la simple *usurpación* que "crea un estado de hecho" en espera de la institucionalización. Pero el efecto propio de las "representaciones colectivas", que contrariamente a lo que podrían hacer creer las connotaciones durkheimianas del concepto, pueden ser producto de la aplicación de un mismo esquema de percepción o de un sistema de enclasmiento común, sin dejar por ello de ser objeto de usos sociales antagonicos, nunca se ve tan bien como cuando la palabra precede a la cosa y la usurpación de la *identidad nominal* precipita la constitución de la identidad real, como sucede en el caso de esas asociaciones benéficas que se transforman en profesiones reconocidas, o de esos grupos de defensa corporativos (como el de los "cuadros") que imponen poco a poco la *representación* de su existencia y de su unidad, tanto a sus propios miembros como a los demás grupos.

La presencia o la ausencia de un grupo en el enclasmiento oficial depende de su aptitud para hacerse *reconocer*, para hacerse percibir y para hacerse admitir, y por consiguiente para obtener, lo más a menudo a viva fuerza, un lugar en el orden social, y para escapar así de la existencia *bastarda* de las "profesiones u oficios sin nombre" de que habla Emile Benveniste: el comercio en la antigüedad —y en la Edad Media—, o las actividades ilegítimas, tales como curandero (llamado en otros tiempos "empírico"), ensalmador o prostituta en la actualidad. Los grupos dependen de las palabras que los designan: en efecto, el poder de imponer el reconocimiento depende de la aptitud para movilizarse alrededor de un nombre —"proletariado", "clase obrera", "cuadros"— y por consiguiente para apropiarse un nombre común y cumular con un nombre propio, y para movilizar así la fuerza que hace la unión, la que crea el poder unificador del nombre, de la *consigna*.

De hecho, el orden de las palabras nunca reproduce estrictamente el orden de las cosas. En la independencia relativa de la estructura del sistema de las palabras enclasmantes y enclasmadas (en el interior del cual se define el valor distinto de cada etiqueta particular) con respecto a la estructura de la distribución del capital, y, con mayor precisión, en el desajuste (que resulta por una parte de la inercia propia de los sistemas de enclasmiento como instituciones casi jurídicas que sancionan un estado de la relación de fuerzas) entre el cambio de los puestos, ligado al cambio del aparato de producción, y el cambio de las titulaciones, es donde reside el principio de las estrategias simbólicas que tratan de explotar las discordancias entre lo nominal y lo real, de apropiarse las palabras para tener las cosas que aquéllas designan o de apropiarse las cosas en espera de obtener las palabras que las sancionen; de ejercer las funciones sin tener los títulos adecuados para hacerlo, a fin de darse así títulos suficientes para reivindicar los títulos legítimos, o, por el contrario, de renunciar a las retribuciones materiales asociadas a unas titulaciones devaluadas para evitar perder las ventajas simbólicas proporcionadas por unas etiquetas más prestigiosas o, por lo menos, más vagas, menos brutalmente enclasmantes y, por ello, más manipulables; de tomar prestada, para designarse, la más favorable de las marcas disponibles, llegando, si es preciso,

hasta los límites de la impostura —como los alfareros que se denominan artesanos artísticos o los técnicos que se pretenden ingenieros— o a inventar, para *desmarcar* se, unas nuevas designaciones, tales como los kinesiterapeutas, que esperan de esa nueva etiqueta que los distinga de los simples masajistas y los acerque a los médicos. Estrategias todas ellas que, como todos los procesos de competencia, carrera seguida con vistas a asegurarse la constancia de las distancias distintivas, tienen como efecto el de favorecer una constante inflación nominal, frenada sin embargo por la inercia de las taxonomías institucionalizadas (convenios colectivos, tablas de salarios, etcétera), a las que están vinculadas unas garantías jurídicas. Las negociaciones entre grupos de intereses antagonicos a que da lugar el establecimiento de los convenios colectivos y que recaen inseparablemente sobre las tareas inscritas en el puesto, sobre las propiedades exigidas a sus ocupantes (por ejemplo, las titulaciones académicas) y sobre las remuneraciones materiales y simbólicas (el nombre) correspondientes, tienen como virtud la de recordar, por la puesta en escena institucionalizada que ofrecen, las incansables luchas a propósito de los enclases que contribuyen a producir las clases, aunque éstos sean producto de las luchas entre las clases y dependan de las relaciones de fuerza que entre ellas se establecen.

REALIDAD DE LA REPRESENTACIÓN Y REPRESENTACIÓN DE LA REALIDAD

Los sujetos enclasantes que enclasan las propiedades y las prácticas de los demás, o las suyas propias, son también objetos enclasables que se enclasan (a los ojos de los demás) al apropiarse unas prácticas y unas propiedades ya enclasadas (como vulgares o distinguidas, elevadas o bajas, pesadas o ligeras, etcétera, es decir, en último análisis, populares o burguesas) según su distribución probable entre unos grupos a su vez enclasados; las más enclasantes y las mejor enclasadas de esas propiedades son, evidentemente, las que están expresamente designadas para funcionar como *signos de distinción* o *marcas de infamia*, estigmas, y sobre todo los nombres y los títulos que expresan la pertenencia a las clases cuya intersección define en un momento dado del tiempo la *identidad social* —nombre de la nación, de la región, de la etnia o de la familia, nombre de la profesión, titulación académica, títulos honoríficos, etcétera—. Aquellos que enclasan o se enclasan, enclando o apropiándose unas prácticas o unas propiedades enclasadas y enclasantes, no pueden ignorar que, mediante los objetos o las prácticas distintivas en que se expresan sus “poderes” y que, apropiadas por unas clases y apropiadas a unas clases, enclasan a los que se las apropian, se enclasan ellos a los ojos de otros sujetos enclasantes (pero también enclasables, así como sus juicios), provistos de esquemas clasificadores análogos a los que les permiten anticipar, de manera más o menos adecuada, su propio enclaseamiento.

Los sujetos sociales comprenden el mundo social que les comprende. Eso significa que no se puede, para caracterizarlos, atenerse a las propiedades materiales que, comenzando por el cuerpo, se dejan contar y medir como cualquier otro objeto del mundo físico. En efecto, no existe ninguna de esas propiedades —ya sea la estatura o el volumen del cuerpo, o la superficie de las propiedades territoriales o inmobiliarias— que, percibidas y apreciadas, por referencia a otras propiedades de la misma clase, por unos agentes armados de esquemas de percepción y aprecia-

ción socialmente constituidos, no funcionen como *propiedades simbólicas*. Esto implica que se debe superar la oposición entre una “física social” que, armada con un uso objetivista de la estadística, establecería unas *distribuciones* (en el sentido estadístico y también en el económico)—expresiones cuantificadas del reparto entre un gran número de individuos, en competencia por su apropiación, de una cantidad finita de energía social tomada por medio de los “indicadores objetivos”—y una “semiología social” que se aplicaría a descifrar unas significaciones y a poner y manifestar las operaciones cognitivas mediante las cuales los agentes las producen y las descifran; entre la ambición de acceder a una “realidad” objetiva “independiente de las conciencias y de las voluntades individuales”, al precio de una ruptura con las representaciones comunes del mundo social (“las prenociones” durkheimianas) y de sacar a la luz unas “leyes”, es decir, unas relaciones significativas, pero en el sentido de no aleatorias, entre unas distribuciones, y el esfuerzo por captar no la “realidad”, sino las representaciones que de ella se hacen los agentes y que constituyen toda la “realidad” de un mundo social concebido “como representación y como voluntad”.

En resumen, la ciencia social no tiene que elegir entre esa forma misma de la física social, representada por Durkheim —que está de acuerdo con la semiología social en admitir que no se puede conocer la “realidad” si no es elaborando unos instrumentos lógicos de enclaseamiento²⁰— y la semiología idealista que, dándose como objeto el hacer un informe de los informes, como dice Garfinkel, no puede hacer otra cosa que registrar los registros de un mundo social que no sería, en el límite, más que el producto de las estructuras mentales, es decir, lingüísticas. Se trata de hacer entrar en la ciencia de la escasez y de la competencia por los bienes escasos el conocimiento práctico que de las mismas consiguen los agentes al producir, sobre la base de su experiencia de las distribuciones —función a su vez de su posición en las mismas—, unas divisiones y unas clasificaciones que no son menos objetivas que las de los balances contables de la física social. Se trata, en otros términos, de superar la oposición entre las teorías objetivistas que identifican las clases sociales (pero también las clases sexuales o las clases de edad) con unos grupos discretos, simples poblaciones que pueden contarse y que están separadas por unas fronteras objetivamente inscritas en la realidad, y las teorías subjetivistas (o, si se prefiriere, *marginalistas*) que reducen el “orden social” a una especie de enclaseamiento colectivo obtenido por la agregación de los enclaseamientos individuales o, con mayor precisión, de las estrategias individuales, enclasadas y enclasantes, con las cuales los agentes se enclasan y enclasan a los demás²¹.

²⁰ Apenas hay necesidad de reseñar la afinidad que une la física social y la inclinación positivista para ver los enclaseamientos, ya sea como unos cortes arbitrarios y “operatorios” (como las clases de edad o los intervalos de ingresos), ya sea como unos cortes “objetivos” (discontinuidades de las distribuciones o inflexiones de las curvas) que sería suficiente con registrarlos.

²¹ Permittásenos una expresión particularmente característica, hasta en la metáfora, de ese marginalismo social: “Each individual is responsible for the demeanour image of himself and deference image of others, so that for a complete man to be expressed, individuals must hold hands in a chain of ceremony, each giving deferentially with proper demeanour to the one on the right which will be received deferentially from the one on the left.” (E. Goffmann, “The Nature of Deference and Demeanour”, *American Anthropologist*, 58, junio 1956, pp. 473-502). “...Routinely the question is that of whose opinion is voiced most frequently and most forcibly, who makes the minor ongoing decisions apparently required for the coordination of any joint activity, and whose passing concerns have given the most weight. And however trivial some of these little gains and losses may appear to be, by summing them all

Basta con tener presente que los bienes se convierten en signos distintivos —que pueden ser unos signos de distinción, pero también de vulgaridad, desde el momento en que son percibidos relacionadamente— para ver que la *representación* que los individuos y los grupos ponen *inevitablemente* de manifiesto mediante sus prácticas y sus propiedades forma parte integrante de su realidad social. Una clase se define por su *ser percibido* tanto como por su *ser*; por su consumo —que no tiene necesidad de ser ostentoso para ser simbólico— tanto como por su posición en las relaciones de producción (incluso si fuera cierto que ésta rige a aquél). La visión berkeleyana —esto es, pequeño-burguesa— que reduce el *ser social* al *ser percibido*, al parecer, y que, olvidando que no es necesario dar unas representaciones (teatrales) para ser objeto de representaciones (mentales), reduce el mundo social a la agregación de las representaciones (mentales) que los diferentes grupos se hacen de las representaciones (teatrales) ofrecidas por los otros grupos, tiene el mérito de recordar la autonomía relativa de la lógica de las representaciones simbólicas con respecto a los determinantes materiales de la condición: las luchas de los enclavamientos, individuales o colectivos, que apuntan a transformar las categorías de percepción y apreciación del mundo social, y, con ello, el mundo social, constituyen una dimensión olvidada de la lucha de clases. Pero basta con tener presente que los esquemas clasificadores que se encuentran en la base de la relación práctica que mantienen los agentes con su condición, y en la de la representación que pueden tener de ellas, son a su vez producto de esa condición, para ver los límites de esa autonomía: la posición en la lucha de enclavamientos depende de la posición en la estructura de las clases; los sujetos sociales —comenzando por los intelectuales, que no son los mejor situados para pensar lo que define los límites de su pensamiento del mundo social, es decir, la ilusión de la ausencia de límites—, nunca, sin lugar a dudas, tienen menos probabilidades de superar “los límites de su cerebro” que en las representaciones que ofrecen y se ofrecen de su posición, que define esos límites.

up across all the social situations in which they occur, we can see that their total effect is enormous. The expression of subordination and domination through this swarm of situational means is more than a mere tracing or symbol or ritualistic affirmation of the social hierarchy. These expressions considerably constitute the hierarchy.” (E. GORMANN, “Gender Display”, *Paper* presentado en el *Third International Symposium “Female Hierarchies”*, Harry Frank Guggenheim Foundation, abril 3-5, 1974) (Las cursivas son de P. Bourdieu).

ELEMENTOS PARA UNA CRÍTICA “VULGAR” DE LAS CRÍTICAS ‘PURAS’

Quizá los lectores se hayan preguntado por qué, en un texto dedicado al gusto y al arte, jamás se haya recurrido a la tradición de la estética filosófica o literaria. Y habrán comprendido, sin duda, que se trata de un rechazo deliberado. No cabe la menor duda, en efecto, de que la estética culta, tanto la que se inscribe en las obras legítimas como la que se expresa en los escritos que tratan de explicitarla y formalizarla, se constituye fundamentalmente, más allá de las variantes, contra todo lo que ha podido ser adquirido mediante esta investigación, esto es, *la indivisibilidad* del gusto, la unidad de los gustos más “puros” y más depurados, más sublimes y más sublimados, y la de los gustos más “impuros” y más “groseros”, más ordinarios y más primitivos. Lo que inversamente significa que esta investigación exige ante todo que se supiera renunciar, mediante una especie de amnesia deliberada, a todo el *corpus* de discursos cultivados sobre la cultura y, con ello, no sólo a los beneficios que proporciona la exhibición de los *signos de reconocimiento* (y que se recuerdan al menos por medio de los costes ocasionados por la sola omisión) sino también a los beneficios más íntimos de la delectación letrada, aquellos que evoca Proust cuando indica lo que le ha costado la visión lúcida de los placeres de la lectura: “Contra mis más caras impresiones estéticas es contra las que he querido luchar aquí, tratando de llevar hasta sus últimos y más crueles límites la sinceridad intelectual”. (Y esto sin poder ocultarse que los placeres de la “visión lúcida” pueden representar la forma más “pura” y más refinada, aunque con frecuencia un poco melancólica, de la delectación.)

Y si es necesario autorizar el retorno de lo reprimido, una vez producida la verdad del gusto, contra la cual está construida, mediante una inmensa represión, toda la estética legítima, no es sólo para someter las verdades adquiridas a una última prueba (que no tiene nada de un enfrentamiento con las teorías rivales), sino que es también y sobre todo para evitar que, mediante un efecto muy corriente,

¹ M. PROUST, “En mémoire des églises assassinées”, en *Pastiches et mélanges*, París, Gallimard, Idées, 1970, p. 171.